



Todo empieza en un patio trasero abandonado donde jamás brilla el sol. Aquí vive un pato cojo al que nadie viene nunca a visitar. Y eso que el pato tiene una pequeña reserva de cacahuets que le encantaría compartir. ¿Pero quién va a presentarse en un sitio tan triste y desolado?

El pato ha pensado más de una vez en salir a dar una vuelta para ver mundo, pero siempre encuentra algún impedimento. De modo que, para mantenerse en forma, todos los días da una vuelta alrededor del patio sin más compañía que su muleta.

Pero menuda sorpresa se lleva cuando, de pronto, ve que alguien se acerca doblando la esquina.



Es una gallina ciega con unas gafas de sol. El pato observa con mucho interés cómo la gallina avanza desorientada entre esas cuatro paredes hasta que, por fin, tropieza con la muleta.

—Mucho gusto —le dice el pato mientras la ayuda a levantarse—. Siempre es bueno conocer a alguien al que le va peor.

—¿Por qué lo dices? —pregunta la gallina desconcertada, aunque con una voz inesperadamente grave—. Yo me encuentro perfectamente. ¿Por qué crees que me va mal?

—Porque eres ciega —suspira el pato, aliviado—. No se me ocurre nada peor en esta vida que no poder ver.

—Pues yo, en cambio, siempre las veo venir. —La gallina se ríe de su propia ocurrencia—. De hecho —puntualiza levantando un ala—, ser ciega tiene más ventajas de las que te crees. Por ejemplo, a mí tu aspecto me da exactamente igual.

Los ojos del pato se iluminan.

—Pues te diré que, para ser un pato cojo, no estoy nada mal...

La gallina sigue a lo suyo:

—O, por ejemplo, siempre que se va la luz en la escalera la gente entra en pánico; yo, sin embargo, me quedo tan tranquila. Y lo mejor de todo, se me da muy bien escuchar. —De pronto, la gallina se interrumpe—. Espera, ¿qué acabas de decir? —le pregunta al pato.

—Que para ser un pato cojo no estoy tan mal. Además, soy leal, sincero, me gusta la aventura y pienso con la cabeza, pero también tengo mi corazoncito.

—¡Conque eres un pato cojo!

La gallina extiende las alas, palpa al pato de arri-

ba abajo (muleta incluida) y luego le da unos golpecitos en la cabeza.

—Siempre quise tener un perro guía, pero bueno, a falta de perro, me vale un pato aunque sea cojo. Seguro que me guías estupendamente.

Solo de pensar en abandonar su patio, el pato se echa a temblar.

—Bueno, antes de nada me gustaría saber a dónde vas.

—Dicen que hay un lugar en el mundo donde se cumplen todos los deseos, hasta los más secretos. ¿Te vienes?

—Mmm..., creo que primero me lo tengo que pensar.

El pato, dubitativo, se pone a escarbar el suelo con la muleta. También él ha oído hablar de ese sitio. Son muchos los que se han puesto en marcha para encontrarlo, pero todos han fracasado en el intento. Jamás nadie ha descubierto ese lugar. Lo más probable es que ni siquiera exista.

—¿Sigues ahí? —pregunta la gallina.

—Sigo pensando.

—Tómate tu tiempo, pero no tardes mucho.

—Tengo una idea mucho mejor —dice el pato al fin—. ¿Por qué no nos quedamos aquí, en mi patio? El mundo allá afuera está lleno de peligros. A nada que te descuides, te metes en problemas. Lo mejor será que nos instalemos aquí, al resguardo de estos altos muros.

La gallina suelta un sonoro bostezo. Después se acerca al pato (tal vez demasiado), le pone el ala por encima del hombro y con voz seductora susurra:

—¿Acaso no tienes un deseo secreto? Vamos, admítelo, todos lo tenemos.

El pato traga saliva y siente cómo se pone rojo

